

EL PICO MÁS HERMOSO

Mary Grueso Romero



Edición No.1 - Abril de 2019

Organización Internacional para las Migraciones (OIM)

Misión en Colombia
Cra. 14 No 93 B – 46
Conmutador: 6397777
<http://www.oim.org.co>

Ana Durán
Jefe de Misión OIM Colombia

Alessia Schiavon
Directora de Programas OIM Colombia

Hugo Arley Tovar Otero
Coordinador del programa Inclusión para la Paz

Equipo técnico OIM

Luis Alberto Sevillano Boya
Gerente Senior Patrimonio y Diversidad Cultural
Programa Inclusión para la Paz

Yesenia Martínez
Monitora de Patrimonio y Diversidad Cultural

**Organización Internacional para las Migraciones
(OIM) 2019**

**Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo
Internacional (USAID) Misión en Colombia**
<https://www.usaid.gov/es/colombia>

Lawrence J. Sacks
Director de Misión USAID Colombia

Michael Torreano
Director de la Oficina de Reconciliación e Inclusión
USAID Colombia

Cristina Barrera
Gerente Senior Grupos Étnicos
Oficina de Reconciliación e Inclusión USAID Colombia

Autora
©Mary Grueso Romero

Corrección de estilo
Mauren Vásquez

Diseño / diagramación
Katerin Santos Solis
Programa Inclusión para la Paz

Ilustración
Vanessa Castillo

ISBN 978-958-8977-93-5

Las opiniones expresadas en las publicaciones de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) corresponden a los autores y no reflejan necesariamente las de la OIM. Las denominaciones empleadas en esta publicación y la forma en que aparecen presentados los datos que contiene no implican, juicio alguno por parte de la OIM sobre la condición jurídica de ningún país, territorio, ciudad o zona citados, o de sus autoridades, ni respecto del trazado de sus fronteras o límites.

La OIM está consagrada al principio de que la migración en forma ordenada y en condiciones humanas beneficia a los migrantes y a la sociedad. En su calidad de organismo intergubernamental, la OIM trabaja con sus asociados de la comunidad internacional para: ayudar a encarar los crecientes desafíos que plantea la gestión de la migración; fomentar la comprensión de las cuestiones migratorias; alentar el desarrollo social y económico a través de la migración; y velar por el respeto de la dignidad humana y el bienestar de los migrantes.

“Esta publicación, “El pico más hermoso”, se hace posible con el apoyo del pueblo americano a través de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID). El contenido de éste es responsabilidad exclusiva su autora, Mary Grueso Romero y no refleja necesariamente las opiniones de USAID o del Gobierno de los Estados Unidos ni de la OIM Colombia”.

Quedan reservados todos los derechos. La presente publicación no podrá ser reproducida íntegra o parcialmente, ni archivada o transmitida por ningún medio (ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado u otro), sin la autorización previa del editor.



EL PICO MÁS
HERMOSO

Mi tatarabuela le contó esta historia a mi bisabuela y mi bisabuela, a mi abuela y mi abuela, a mi mamá, y yo se la conté a mis hijos y ellos se la contarán a mis nietos, Estefanía, Walter Andrés, Juan Camilo y Salomé, para que ellos, a su vez, se la cuenten a sus hijos y a sus nietos...

EL PICO MÁS
HERMOSO



En el quinto día de la creación, en el principio de los tiempos, Dios creó las aves que volarían sobre la faz de la Tierra en la abierta expansión de los cielos.

El Señor las miró y pensó que algo les faltaba; se dio cuenta de que las aves no podían alimentarse de la misma manera que lo hacían los animales cuadrúpedos y decidió hacer lo que Él llamó pico.

Entonces, tomó el barro de la creación y empezó a formar bolitas, y con ellas, los picos de las aves de diferentes formas.

Cuando hubo terminado su creación, se valió del sonido de los tambores para informar a las aves que fueran por su pico al paraíso; picos que habían sido creados según su forma y su tamaño.

Esta noticia fue una fiesta; todas las aves empezaron a caminar en fila

india, en una sola dirección, hacia donde estaba el supremo creador, menos una: el pajuil.

Al pajuil le habían otorgado la mayoría de los dones que habían sido repartidos entre todas las aves; entre ellos, el canto, unas grandes y hermosas plumas, y una incomparable habilidad para formar nidos.

Era arrogante, altivo, presumido; siempre estaba mirándose, acicalándose y cultivando su vanidad.

El pajuil solía amanecer en su nido sacudiéndose. Limpiaba y peinaba sus plumas una a una. Después de pulirlas, las acomodaba para que cada una quedara en su lugar; lo hacía con sus patas de uñas largas, tan largas que parecían garras. Se creía el ave más hermosa de todas las que Dios había creado en la Tierra.

Un día, cuando ya había terminado su ceremonia de aseo y se sentía bello y satisfecho, el pajuil vio pasar, como en un desfile, una a una las aves del paraíso. Se llenó de curiosidad y le preguntó al tío conejo, que andaba por ahí:

—¡Tío conejo! ¡Tío conejo!
¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué las aves están inquietas y caminan en una sola dirección?

—¿Tú no sabes lo que está pasando?
—le contestó el tío conejo.

—Si supiera no se lo preguntaría
—le replicó el pajuil.

—¿En qué mundo andas, sobrino?
—dijo el tío conejo.

—¡Un momentico, conejo!, no seas igualado, hasta «amigo» te acepto, pero eso de «sobrino», ¡no! ¡No, señor! No somos de la misma estirpe.

—¡¡Ah!!, yo no sé, usted fue el que me dijo «tío» y por eso le contesté «sobrino» —replicó el conejo, entornando los ojos sin dar crédito a la actitud del pajuil—. ¿Usted a mí es que me contesta así? Por estar con esas ínfulas de grandeza nadie le dice nada y por eso no sabe lo que pasa a su alrededor, como sea, amigo pajuil, Dios al fin va a repartir los picos entre las aves, según su tamaño; porque se estuvieron quejando de sentirse incompletas. Imagínese, amigo pajuil, el sobrino pelicano, al que se le dificulta sacar el pez del agua, dijo que tenía el estómago grande y que no podía comer, y que cuando la pesca está buena no tiene ni dónde guardar el pescado. La garza decía que por mucho que estirara el pescuezo no lograba pescar nada; lo que hacía era bañarse la cabeza, porque no tenía ni como agarrar los pescados.





» Un día, el sobrino chupaflor le rogó a nuestro Señor que le cambiara el nombre y cuando le preguntaron por qué, siendo que tenía uno tan bonito, solo pudo decir: “¿Cómo me pueden llamar chupaflor, si del néctar de la flor, apenas si conozco el sabor? Hay flores diminutas como las campanitas, y yo no sé cómo de ellas, sus jugos extraer”.

» El tucán y las guacamayas, junto con los coloridos loros, un sindicato han formado. Sienten que tienen dificultad para ingerir los alimentos, y ¡eso sí!, amigo pajuil, su queja hasta el Cielo ha llegado, porque aun con plumas verdes, rojas, amarillas, blancas y negras, todas de tanta belleza, saben que algo en su rostro les falta.

» En fin, amigo pajuil —dijo resignado el conejo al ver el poco

interés del pajuil en su relato— las aves hasta conocen el nombre que mi Dios le ha puesto a lo que tanta falta les hace; pico, amigo pajuil, así le dicen, pico. —diciendo esto, el conejo, cholón cholón cholón, siguió su camino.

En ese momento pasó la torcaza y, mirando la parte alta de un árbol, preguntó:

—¿Primo pajuil, usted no va a ir por su pico?

—¡Nooooo!, prima torcaza, está haciendo mucho sol —dijo el pajuil.

La torcaza, amistosamente, lo invitó para que fuera en su compañía.

—¡Camine, primo!, que si vamos conversandito el tiempo se va rapidito y nos olvidamos del sol.

A lo que el pajuil respondió:

—Después voy, prima torcaza. A mí, tantos animales juntos, me ponen nervioso. Usted sabe que no me gusta la revoltura ni la montonera. Además, tengo pereza; está haciendo mucho calor y acabé de organizar mis plumas, y no hay nada peor para mí que andar sudoroso con mis plumas desarregladas; y encima de todo, ir en esa procesión de aves de todas las especies habidas y por haber. ¡No me lo perdonaría!

—Bueno, primo pajuil, allá usted. Yo sí me voy adelantando —le dijo la torcaza.

Y siguieron pasando las aves, una tras otra, en una fila que parecía no tener fin. En esas, pasó el pájaro carpintero.

—Compadre pajuil, ¿usted no va por su pico? Mire que Dios los está repartiendo y necesitamos el pico pa poder comer con tranquilidad. Por lo menos yo y muchas otras aves ya quisiéramos tenerlo puesto. Por eso, me apresuraré a ir por el mío.

—No, compadre carpintero, más tarde, cuando baje el sol. No tengo afán, no quiero asolearme.

—Yo sí me voy, compadre, a traer el mío. ¡Cómo me veré con ese pico carpinteando los árboles!

Al rato, pasó el gabán y dijo:

—¡Ay! tío pajuil, ¿usted no va a venir por su pico?, ¿es qué es...? ¡Deje la pereza!, que usted está a medio camino y a mí me ha tocado caminar más lejos. Vengo desde allá, desde la montaña.

—Váyase adelantando no más, sobrino, que yo ya lo voy alcanzando.

*Pasó el pájaro diostedé cantando
«¡diostedé, te dé, te dé!».*

—Compadre pajuil, ¿usted no va a venir por su pico?

—No, compadrito, es que estoy esperando al primo paletón pa que me haga ese favor. Es que no quiero caminar ni volar. Quiero quedarme aquí quieto descansando, mientras veo esa chorrera de aves que van a toda prisa; es que lo que no saben es que a cada uno, Dios le hizo su pico. Parece como si fueran a quedarse sin él; lleguen de primero o de último, ahí está. Yo espero al primo paletón, que además es amigo mío, para que me lo traiga. Así, no enredo mis alas en medio de la caminata —dijo de repente el pajuil, al recordar lo colaborador y buen amigo que siempre había sido el primo paletón. Muy cómodo en su nido, agudizó su mirada para divisar al paletón.





—¿Descansando de qué, compadre? Venga por su pico personalmente en vez de estar mandando a otros. ¿Usted es el patrón de quién o qué? Todos vamos a buscar nuestro pico, ¿a usted no le da vergüenza ser el único esperando a que otro se lo traiga?

—Tampoco es para que me insulte, compadre. Yo sé que mi primo me hace el mandadito.

—Compadre, ¡confianza en Dios y en nadie más!, y mi Dios lo está llamando a recibir lo que le corresponde.

—Tranquilo, compadre. No se preocupe —dijo el pajuil—. Yo sé lo que hago.

En esas, pasó la chorlita con sus plumas marrones y dando salticos le dijo:

—Tío pajuil, ¿usted que hace ahí echado?, ¿qué?, ¿no va por su pico?

El pajuil le contestó presumido y lleno de confianza:

—Vaya siguiendo no más, sobrina chorlita, vaya siguiendo, que yo estoy craneando lo que voy a hacer.

Pasó el gallinazo y con sus alas negras hizo una sombra. Mientras dibujaba círculos en el aire, dijo:

—¡Ay!, primo pajuil, ¿qué pasa que usted no se mueve a traer su pico? ¿Acaso no ve que todos nos estamos moviendo?

—Gallinazo, un momentico. Primero que todo debo decirle que no me gusta que me llame «primo»; no le he dado esa confianza y nunca se la daré. ¿Es qué no se ha visto ni me ha visto? Nosotros no somos primos. ¡Déjeme quieto donde estoy y juguémosle al respetico! ¡Habrase visto pues! ¿Quién se está metiendo en mi vida? ¡El gallinazo!, quien tiene por misión recordarnos que, bellos, feos, ricos o pobres, debemos morir.

El gallinazo sonrió y siguió su camino.

Pasó la gaviota, que lo había escuchado todo y con mucho cuidadito preguntó:

—Compañero pajuil, buen día. ¿Usted no necesita pico que no va por él? Dios los está repartiendo, ¿es qué no le han dicho?

—Mire gaviota, yo no soy compañero ni vecino ni nada suyo. Usted vive en la orilla de los mares y yo, en las montañas más espesas y en las cordilleras; mis compañeros son otros.

—No es para tanto. Lo que le quiero decir es que venga por su pico.

—No voy a ir porque yo ya sé cómo me va a llegar mi pico aquí; ya sé quién me va a hacer el mandado. Ya veo que soy muy importante; todos se quieren meter en mi vida.

—No se ponga a mandar a otros a que hagan lo que usted debe hacer —dijo la gaviota.

—Pero ¿es que usted no entiende ¡No se meta en mi vida!, yo veré cómo me las arreglo. ¿Ya usted quién le está pidiendo consejo, además? Igualada como ella sola —le contestó el pajuil.

El tiempo y las aves fueron pasando y el pajuil siguió quieto. De pronto, vio a su primo paletón y alborotando sus alas le dijo:

—¡Primo paletón!, lo estaba esperando para que me hiciera un cruce.

—¿De qué cruce estamos hablando?
¿De qué se trata primo?

—Como Dios está repartiendo los picos y yo no quiero caminar ni volar ahora, dígame que me lo mande con usted, ¿usted si me lo trae?

—Sí, primo, yo se lo traigo. Ni más faltaba que no le hiciera el favor; si él me lo da, yo se lo traigo.

Así, se fue el paletón por su pico y el del pajuil.

Cuando Dios vio al paletón, le dijo con voz amorosa:

—Aquí está tu pico de acuerdo a tu tamaño.

El paletón tomó su pico y feliz al ver a Dios, le dijo:

—Señor, el pajuil te manda decir que le hagas el favor de mandarle su pico conmigo.

—¿Por qué no vino? —le preguntó Dios.

—Por el sol; como ya se bañó y organizó las alas, le queda pesado alborotarlas.

Paso seguido, tomó Dios en sus manos el pico del pajuil y lo puso en las del paletón.

—Este es el pico del pajuil y el primero que te di es el tuyo. —le dijo, mientras le señalaba los picos.





Cuando el paletón vio que su pico era pequeño y oscuro y que el del pajuil era grande, hermoso y con colores muy vistosos, dio la vuelta y pensó: «Este no se lo doy al primo pajuil. ¡No faltaba más!, porque este pico es para mí. ¡Tan bonito!, de colores: verde, amarillo, negro y rojo. Este es el que me merezco; me voy a ver elegante con él y mi primo que se quede esperando que ya le llevo el pico pequeño, para eso, él tiene sus plumas. Ahora, quedaremos parejos, el pajuil cuidando su hermoso plumaje y yo con mi lindísimo pico; y como nadie vio cuál le mandó Dios, nadie me podrá contradecir».

Al instante, sin más ni más, se incrustó el pico del pajuil y se fue caminando. Trató de volar, pero el pico le pesaba más que el cuerpo, y no podía ser de otra manera, ya que

el pico medía una tercera parte de su cuerpo. Pero era tan bonito, que no importaba. El ya iría buscando la forma de dominarlo, y feliz de la vida llegó donde el pajuil; le entregó el pico pequeño y le dijo:

—Primo, aquí está el pico que Dios le mandó.

El pajuil tomó el pico y exclamó:

—¿Este es el mío? ¡No puede ser! A usted que es tan pequeño, ¿Dios le da un pico tan grande que me sirve es a mí? Y yo que soy grande, ¿me da un pico pequeño que le sirve es a usted?

—¡Yo que voy a saber!, de eso no sé nada, Él lo determinó así, yo lo que hice fue traerle el mandado. Pregúntele al que hizo la repartición a ver qué le dice.

Y yo, ¿dónde lo voy a encontrar si ya todos los animales regresaron?

—¡Yo que sé!, lo dejo embolatado con su problema ahí, y me va dando un permisito que yo prestiquito me voy yendo.

—¡Pero espérese!, ¡no se vaya!, aquí hay una equivocación, aquí hay un error —dijo el pajuil desesperado—. Usted se confundió. Ese pico suyo es el mío. ¡Démelo!

—¿¡Qué!?! ¿¡Qué!?! ¿Qué es lo que dice, que yo me quite mi pico para dárselo a usted? No está ni tibio. Y con su permisito, yo me voy yendo —le respondió el paletón.

—¡No se vaya!, ¡deme mi pico!, que es el que se va llevando.

—¿Quién le dijo eso? Hasta donde yo sé, Dios con usted no ha hablado.

El paletón siguió su camino llevando consigo un pico con el que no podía andar, pero que era el más bonito de todas las aves. Llegó la noche y el pajuil se metió en su nido con el pico entre las dos alas, y pensó que habría sido mejor haberse dado la caminadita para traer su pico y no estar en esa incertidumbre; en si sería o no su pico, y no le quedó más remedio que colocarse el que el paletón le había traído.





Algunos días después, el cóndor, siendo el ave más poderosa, convocó a todas las aves a reunirse para organizar una fiesta de alegría porque ya les habían entregado sus picos —las aves no solo necesitan de sus picos para comer, sino también para protegerse y atraer a las hembras—. Las aves de pico en pico fueron pasando la información de la Gran Fiesta del Pico Contento así la llamaron, todas las aves estarían reunidas.

La Fiesta Del Pico Contento merecía una gran organización y el cóndor, que ya como que conocía su destino ilustre, se encargó de liderar la organización; así que llamó al tío búho.

—Usted que siempre ha sido como tan inteligente, ¿me va a ayudar?, haga el favor.

El tío búho preguntó:

—¿En qué, sobrino?

—A organizar la fiesta de las aves para celebrar que mi Dios nos dio picos.

—¡Claro! —dijo el tío búho, agradecido por la invitación.

—Entonces, ¿por dónde empezamos? —preguntó el cóndor.

—Primero, la bebida, ¿qué sería de una fiesta sin algo de tomar? —dijo el tío búho.

De inmediato, llamaron a los chupaflores, de todos los tamaños, para que trajeran abundante néctar de las flores, y llamaron a tantas aves mieleras como les fue posible, al pájaro gato, al mielero verde, para que así, una fuente de miel y néctar estuviera junto a la comida.

Al unísono gritaron el tío búho y el cóndor:

«¿Y la comida?»

¡Por supuesto!, semillas, granos, frutas, lombrices, cangrejos pequeños y toda clase de alimentos, para todos los gustos, debía haber en la fiesta. Llamaron pájaros carpinteros, garzas, chorlas, gavilanes, al azulejo palmero, al atrapamoscas pechirrojo, al martín pescador, ¡y hasta cuervos!, para que con su destreza recolectaran los alimentos necesarios para el gran banquete.

¡Lista la bebida y la comida!

El águila, al notar la convocatoria, se acercó y les dijo:

—Tengo el mejor lugar del Paraíso para esta fiesta, un clarito donde la luna y el sol muestran su mejor cara, y el agua cristalina corre en un manantial cercano. Allí podemos celebrar ¡hasta una semana!
—dijo animada el águila.

Todo marchaba muy bien. Así las garzas y los pelicanos, las cuaritas, las golondrinas, las tijeretas —y por supuesto, los chupaflores— fueron convocados al baile. Con la música no hubo problema

—pues todas las aves cantan—; aun así, se eligieron los mejores trinos y cantos. Uno a uno llegaron: el pechiamarillo, el gritón, el bienteveo y el barranquero; unas horas después, se unieron al coro el turpial, el pinzón y el canario. Así, más de cien aves armaron su vocinglería; palabra que al tío búho le pareció de lo mejor para nombrar ese canto conjunto de tantas aves. De esta manera, se dio inicio a la Fiesta del Pico Contento. Abrieron el concierto el canario, el jilguero y el ruiseñor y luego, las aves danzadoras, las gaviotas, los pelícanos y las garzas; las golondrinas empezaron a hacer acrobacias en el aire, que terminaron con una parada gimnástica perfecta. Luego, vinieron los cantos del pájaro gato azulejo, el turpial, el pechirrojo y la alondra, y el arañero cejiblanco; con sus cantos hicieron que todas las aves empezaran a bailar y a disfrutar del concierto. Lo que más impresionaba era ver cómo cada ave se había acicalado, arreglado y embellecido, y en ese momento muchas se preguntaron: «¿Qué se hizo el tío pajuil, que no aparece?, si el siempre anda emperifollado y hoy ni se ha dejado ver».





El paletón pasó la voz diciendo que el pajuil no se dejaba ver porque estaba enfermo, pero de tristeza; que no tenía ánimos para nada, que estaba muy acomplejado porque Dios le había dado un pico pequeñito. Y el paletón fue regando el bochinche; le contó a la pava que era un secreto, que no se lo debía decir a nadie, que el pajuil no salía porque Dios le había mandado un pico pequeño y que siendo él tan grande, ese pico le daba vergüenza y tristeza, y que estaba sin ánimos para andar con ese pico pequeñito, y que por eso no salía.

—Comadre, es un secreto. No se lo vaya a decir a nadie —le dijo el paletón a la pava.

Y así como la pava se enteró de la desgracia, el primo paletón fue alzando el vuelo en dirección al baile. La pava entonces con rapidez se acercó donde el carpintero y le dijo:

—Compadre carpintero, ¿usted sabe por qué no hemos visto al pajuil desde que Dios entregó los picos?

—No, comadre, ¿por qué?

—Vea que el primo pajuil no sale porque Dios le entregó un pico tan pequeño que

no le alcanza ni para alimentarse, así es compadre, pero no le vaya a decir a nadie, porque es un secreto.

—Bueno, comadrita, haga de cuenta que yo no sé nada.

Y tan pronto la pava se fue, el carpintero levantó el vuelo para ir donde el primo mochilero y le dijo:

—Primo, ¿usted sabe porque al tío pajuil no lo hemos visto desde que Dios entregó los picos?

—No, primo, ¿porque?

—Primo, porque Dios le entregó un pico tan pequeño que no puede rascarse el buche ni comer ni hacer nada —dijo el carpintero.

—¿En serio primo? ¡Yo no lo creo!, y tanto que se demoró el tío pajuil pa recibir su pico.

—Pero, primo, no le vaya a decir nadie. Esto es un secreto. Yo se lo digo a usted porque le tengo confianza.

—Tranquilo, primo carpintero, de este pico no sale ni un saltamontes

—contestó el mochilero.

Y mientras el carpintero se iba, el mochilero se quedó pensando: «Esto lo tiene que saber el cucarachero», y rápidamente alzó el vuelo.

—Compadre cucarachero, ¿usted sabe porque el pajuil no se aparece por estos lados desde que Dios entregó los picos?

—No, ¿por qué? Yo estoy intrigado.

—Compadre, porque el pajuil no puede ni volar con ese pico.

—¿Cómo así, compadre mochilero?

—Así como escuchó, compadre, que dicen que es tan feo que la desilusión no lo deja ni volar, que no puede ni comer.

—Con que eso le pasó al pajuil, vea pues.

—Pero, compadre, no le vaya a decir a nadie, es un secreto.

—¡Cómo cree, compadre mochilero!, yo soy una tumba.

Y el mochilero alzó el vuelo y se fue. Mientras tanto el cucarachero se dirigió a contárselo a su mejor amigo, el chilaco, pensando: «Mi amigo tiene que enterarse de esta bomba. ¡El primo pajuil sintiéndose feo!, eso lo tiene que saber mi amigo. El pajuil que tanto nos ha ignorado por no estar a la altura de su magnificencia».

—Amigo chilaco, ¿usted sabe porque el pajuil no sale de su nido?

—No, amigo mochilero; él debería ser el primero en la celebración. ¿Por qué?

—Amigo, vea que dicen que el pajuil no sale porque no ha podido tomar nada de agua, por ser su pico sellado.

—¿Cómo así?, amigo mochilero.

—Así como lo oye, amigo, el pajuil tiene el pico sellado y no puede ni tomar agua.

—Con que era por eso —dijo el chilaco.

—Sí, amigo, pero no le vaya a decir a nadie, es un secreto.

—No, mochilero, ¡usted cómo cree que yo voy a decir eso tan delicado!

Y el mochilero partió, dejando solo al chilaco.

El chilaco alzó el vuelo y fue donde su tía pardela y le dijo:

—Tía, ¿usted sabe porque es que su sobrino pajuil no sale de su nido?

—No, mijo, ese muchacho me preocupa. ¿Por qué?

—Tía, vea que el pajuil no puede salir porque el pico le salió defectuoso y lo tiene todo inflamado. No le puede dar la luz ni el viento ni nada.

—¿En serio, mijo? Vea que lo que usted está diciendo es muy delicado.

—Sí, tía, así como lo oye. No puede hacer nada el pajuil, y viene de fuente muy confiable esta información.

—Con que al muchacho me le pasó eso, ¡y él que es tan picado! Bueno. Gracias, mijo.

—Pero, tía, no le vaya a decir a nadie, es un secreto.

—No, mijo. Yo no juego con eso tan delicado —dijo la pardela.

Y el chilaco se fue para su nido porque ya estaba oscureciendo.

Mientras tanto la pardela alzó el vuelo a donde su ahijado, el tucán.

—Ahijado, ¿cómo está?

—Nombre de Dios, madrina

—Dios lo bendiga, mijo. Ahijado, ¿usted sabe porque su primo pajuil no sale de su nido?

—No, madrina. ¿Por qué?

—Mijo, vea que el pobre está tan enfermo que no puede ni volar, ¡y que hasta se quedó ciego por ese pico!

—¿Cómo así, madrina? Eso es muy serio.

—Sí, ahijado. Así como que este día se ha de acabar, el pajuil como que va a estirar la pata, como que va a morir.

—No, madrina, no diga eso, pobre pajuil. Yo voy a hablar con mi hermano el paletón a ver si él sabe algo más del asunto.

—No, mijo, es un secreto. No le diga a nadie. No ve que si alguien más se entera quién sabe qué le dirán. Porque usted sabe, el pajuil no

es que sea el más bueno de todos y con ese geniecito que se gasta.

—Bueno, madrina. De todas formas, gracias por decirme —dijo el tucán—. Yo no le cuento esto a nadie, yo soy un baúl chochoano.

Y así, la pardela partió con el atardecer.

Mientras tanto el tucán pensando en el pajuil alzó el vuelo a donde su hermano el paletón y al llegar le preguntó:

—Hermano paletón, ¿usted sabe el rumor que anda?

—¿Cuál rumor?, hermano tucán.

—Sí, que el primo pajuil se está muriendo, que está en las ultimas porque tiene la cabeza hinchada, que está ciego y que no puede volar ni nada porque se golpea en los árboles, que está tan flaco que parece que nos vamos a ir de velorio; ¡qué pena!, porque se va a perder la fiesta, pero, aunque se muera, seguirá la fiesta.



—¿Y quién fue el que le contó a usted eso? —preguntó el paletón—. ¿Y en qué momento sucedió?, porque yo lo dejé buenecito a él y no ha pasado ni un día completo.

—Sí, hermano paletón, eso es lo que andan diciendo.

—¿Andan diciendo quiénes?

—Pues todas las aves, hermano paletón. ¡Eso es una bomba!

—Esto tiene que ser cosa de la prima pava, vea pues, lo que yo le dije a la pava y en lo que ha terminado esto, vea pues, de pico en pico como se volvió esto, y para saber quién fue el que regó semejante cosa. Uno ya no puede ni hablar porque dice una cosa y vea pues en lo que termina, disque enfermo ¡ay!

Y el paletón se fue indignado por semejante enredo que habían hecho

allí, en medio de la fiesta. El búho que había visto el enredo, le dijo:

—A mí no me engañas, paletón. Con ese cuerpito, ¿cómo puedes tener un pico tan grande? En cambio, tu amigo el pajuil, un ave grande, tiene ese piquito. Dios no se equivoca, tal vez eres el afortunado que ha servido para darle una lección al arrogante pajuil. Detén este problema que se agrandó de pico en pico, haz una reunión con todas las aves que han murmurado, y recuerda, Dios no se equivoca.

Al día siguiente, el tucán —hermano del paletón— convocó a las aves más cercanas a reunirse para ir a ver al pajuil, que estaba tan grave y a punto de morir en su nido. Pidióle acompañamiento a su hermano paletón, siendo él, el amigo más cercano del pajuil; el paletón, aunque nervioso, aceptó. Alzaron el vuelo y se fueron en marcha.

Llegaron esperando ver al pajuil enfermo, triste, solo, casi agonizando. El paletón, temeroso, no podía ocultar el sentimiento de culpa que lo seguía. Se encontraron, por sorpresa, que estaba buenecito e igual de testarudo y vanidoso como siempre, con la diferencia de que tenía un pico pequeño.

—Pajuil, ¿tú no dizque estabas enfermo, ciego, muriendo, que no podías volar ni hablar ni comer siquiera? ¿Cómo es que te has recuperado tan pronto?
—preguntó el tucán.

—No, primo tucán, yo nunca he estado enfermo ni ciego ni moribundo y mucho menos sin poder comer ni volar. Lo único que tengo es una decepción absoluta por el pico que me ha mandado Dios con mi primo paletón, porque me parece injusto que yo, el ave más hermosa, limpia, pulcra y poderosa de este lugar, tenga un pico pequeño; eso no va

conmigo, no me parece justo, no lo he podido superar.

Las aves, al ver la reacción del pajuil, y su acostumbrado comportamiento superior y egocéntrico, se burlaron a carcajadas de él, y solo le decían que si aunque sea hubiera ido a hacer la fila como todos, habría podido hablar con Dios de su pico; así que mejor que viniera a la fiesta, que eso ya no tenía remedio.

Mientras las aves se alejaban, el pajuil se quedó postrado de la tristeza que le ocasionaba estas palabras.

Pasadas algunas horas, salió de los arbustos el tío conejo, muy sigiloso, mirando para un lado y para el otro, para que los otros animales no lo fueran a descubrir —porque él era quien conocía toda la historia desde el principio— y con astucia e ironía le dijo:



—Señor pajuil, para recordarle el feo comportamiento que tuvo el ave. ¿Usted si le vio la cara al paletón?, ni lo miraba de la vergüenza y la culpa. Venga baje y búsquelo y hablen solitos. A mí me da la impresión de que él está arrepentido y le quiere entregar su pico. Yo escuché por ahí, sin querer meterme en lo que no me importa ni parecer chismoso, que si usted le habla y nadie se da cuenta, el paletón le devuelve lo suyo y pueden intercambiar picos. Si yo fuera usted, salía de ese nido, dejaba de sufrir y volaba por mi pico; como no fue cuando tenía que ir, pues vaya ahora, yo según vi, el paletón tenía remordimiento y usted sabe que Dios no se equivoca, ese pico grandote y bonito de varios colores es el suyo. Imagínese, está justo para un ave de su porte, ¡cómo se verá de elegante usted con ese pico!

A lo que el conejo hablaba, el pajuil se fue imaginando cómo se vería con su nuevo pico y de un salto se puso de pie. No había tiempo que perder, tenía que llegar donde el primo paletón antes de que se arrepintiera para recuperar su pico,

que estaba seguro era el que el Señor le había mandado.

Antes de correr al hogar del paletón, el pajuil miró al tío conejo con agradecimiento, con ganas de abrazarlo con sus alas, pero su arrogancia no le permitió decir nada más, solo:

—¡¡Tío conejo!!

El astuto lo miró y sonriendo le dijo:

—¡Corre! ¡Corre!

Mientras el Pajuil se alejaba, el tío conejo reía a carcajadas, saltaba, se arqueaba, y en el suelo se revolcaba y pensaba: «Al menos el sobrino pajuil salió de ese nido, pero ahora que llegue donde el paletón, ¡qué sorpresa se llevará!». Una vez más, había logrado lo que se había propuesto, con un poco astucia: «¡Ja, ja, ja, ja!, lo que se va a formar, no lo quiero ni imaginar, lo que soy yo en estos tiempos no me dejaré ver del pajuil ni del paletón porque me matan».

Al escuchar todo lo que le había dicho el conejo, el pajuil levantó tanto su ánimo que alrededor de su pequeño pico surgieron una plumitas amarillas parecidas a una pequeña flor. Mientras buscaba al paletón, no quiso volar para no encontrarse con las demás aves metiches, en especial los loros; corría con tanta presteza que no había obstáculo ni piedra ni río que lo detuviera, el corazón parecía un pimpón dándole golpes en el pecho. ¡Es más!, en ese momento creyó necesitar otro par de patas porque entre más rápido corría, le parecía que corriendo no iba, y corriendo siempre iba, dale pata, dale viento, corría corría y le parecía que no corría, y corriendo siempre iba.

Al llegar al lugar donde se encontraba el paletón, que admiraba su hermoso pico aún sin dar crédito a lo sucedido, el pajuil saludó en voz baja, para no ser escuchado por nadie —porque todo el mundo sabe que las aves tienen muy lindos cantos porque tienen un excelente oído.

—Amigo paletón, vine por aquello, usted sabe, lo que le dijo al tío conejo. ¿Aún arrogante continúa?, yo no le guardo rencor, sólo entrégume lo mío.

Al escuchar esto, el paletón, sin dar crédito a lo dicho, contestó:

—¿¡Qué!? ¿¡Qué!? Amigo pajuil, si por lo suyo usted se refiere a MI PICO —dijo subiendo la voz— déjeme aclararle que Dios no se equivoca, y yo obtuve lo que merezco, bastantes horas de esfuerzo me ha tomado volar con este pico como para entregárselo. Mire, así como pudo caminar hasta mi casa, así podía caminar para buscar su pico, y a usted, según su esfuerzo, así mi Dios me lo premió. ¿Siempre pensando que yo estoy para servirle? No, amigo pajuil, si Dios mismo no me quita el pico es porque yo me lo gané, y a partir de este momento, nosotros no somos ni primos ni amigos ni nada, mejor ni me dirija la palabra, y ese taimado conejo se las va a ver conmigo, lo juro.



*El pajuil se retiró, en silencio,
entendiendo la lección. Por ello,
desde ese momento, prefiere más la
tierra que los cielos, para aprender
siempre de la humildad, y aunque
tiene hermosas plumas, estas ya
no son lo más importante, solo son
un regalo de Dios para él y toda su
especie. El pajuil aprendió a
construir su nido en la tierra, y la
lección: «quien manda descansa de
los pies, pero no de la cabeza».*

*Y hoy, vemos al pajuil, un ave tan
grande con un pico pequeño, y sin
poder reclamar, y al paletón, que ya se
puede desplazar de rama en rama, de
árbol en árbol, feliz, exhibiendo el pico
más hermoso de la creación.*

*Mi tatarabuela le contó esta historia a mi
bisabuela y mi bisabuela, a mi abuela y mi
abuela, a mi mamá, y yo se la conté a mis
hijos y ellos se la contarán a mis nietos,
Estefanía, Walter Andrés, Juan Camilo
y Salomé, para que ellos, a su vez, se la
cuenten a sus hijos y a sus nietos...
y la historia nunca morirá.*

*Se acabó mi cuento, que sea mentira o
que sea verdad, que se lo lleve
el viento a recorrer la mar.*

Mary Grueso Romero

No soy yo

—No importa que me muera, ya viví.
—No sea irresponsable maestra, usted no es usted,
usted es su comunidad y su región.

Profesor Gustavo Castillo

Yo no soy yo...
soy mi comunidad,
soy el Pacífico en todo su esplendor.
Soy la tradición oral de mis ancestros
que nos educaron de generación en generación,
inculcándonos enseñanzas y valores
para vivir en paz y en comunidad.

Yo no soy yo...
soy el Pacífico de mis abuelos,
donde la palabra era un sello que había que respetar,
sin porqués y sin preguntas
sin dar vuelta atrás.

Yo no soy yo...
soy la música de mi región,
de marimba, chirimía y violines caucanos,
arrullos de Navidad, chigualos, alabaos, cantos tristes
o alegres, como la juga, el bunde, el currulao,
el mapalé y el patacoré.

Yo soy esa comunidad
que canta para expresar
sus sentimientos de impotencia,
de marginalidad e invisibilidad.

Yo no soy yo...
soy la gastronomía de mi región,
un sancocho de ñato en Buenaventura,
un arroz clavado con longaniza y queso en el Chocó,
un pusandao de carne serrana en el Nariño,

un pepiao de naidí y carapacho de cangrejo en Guapi
y un tapao de pescado en toda mi región.

Yo no soy yo...
soy la bebida artesanal del Pacífico,
soy el viche, la toma seca y el arrechón,
más un ceviche de camarón.

¡Ay!, es que yo soy toda esa sabrosura,
soy los cuentos del tío tigre y el tío conejo
o las décimas del negro Pastor,
las metáforas de Helcias Martán,
las coplas de Margarita Hurtado,
las danzas de Mercedes Montaña,
la versalidad de Teófilo Roberto Potes,
el costumbrismo de Miguel A. Caicedo,
y, en Tumaco, las décimas de Benildo Castillo,
los cuentos del diablo y la tunda de Pachín Carabalí.

Yo no soy yo...
soy el sueño del pescador
que extiende sus redes en el Pacífico
en busca de un futuro mejor.

Soy la piangüera que en los raiceros
busca el sostenimiento entre lluvia y sol,
sacando del barro el sustento diario,
pensando en la vida
y soñando con el amor.

Yo no soy yo...
soy la gente de mi región,
soy mi tierra, lo bueno y lo malo
del Pacífico, esa soy yo.

Mary Grueso Romero

EL PICO MÁS
HERMOSO

ISBN: 978-958-8977-93-5



9 789588 977935